

José Martín Recuerda

Vida y obra dramática II



Año 1943. Nuestro autor paseando por la Gran Vía de Granada.

Primeros guerra estudios, juventud y guerra civil

El padre de José Martín Recuerda era reacio a que éste cursara estudios de Bachiller. En aquel tiempo, y en su mentalidad, no era nada extraño que viera los estudios como algo propio de señoritos parásitos o de jóvenes que no tuvieran más remedio que buscarse la vida con una carrera a causa de una delicada salud, como fue el caso de su hijo Enrique, médico, uno de los hermanos mayores de nuestro autor. Así es que el niño, a la edad de doce años, 1934, estaba destinado a ingresar de aprendiz en la zapatería "Las Gomas", en la calle Marqués de Gerona, cerca de la Plaza de la Catedral; perspectiva que él sentía inminente y desoladora, casi aterradora, a la que estaba decididamente - ¡él, siempre tan indeciso! - dispuesto a oponerse, no encontrando mejor remedio - tal y como nos cuenta - que acercarse a su padre para tratar de vencerlo con un ejemplo cercano:

"Papa, yo quiero hacer una carrerica corta, aunque sea de maestro, como ha hecho la hija del sargento Bayo (amigo y vecino de la casa)". Mi padre se negó respondiendo que "Ya está bien de pollas de estudiantes". Entonces me llevó al Instituto Angel Ganivet un amigo de mi padre que le decían Pepico el Tocinero. Me examiné para matrícula gratuita y no me la dieron. Entonces Pepico el Tocinero me matriculó. Y cuando hubo que pagar el primer plazo, seis duros, de los tres en que se dividía el curso, Pepico el Tocinero se lo dijo a mi padre, quien, a regañadientes, accedió a pagar. (Conversaciones con el autor).

Así es como nuestro autor ingresó en el Instituto Angel Ganivet, que entonces era mixto y que, en aquel tiempo (1934), tenía fama de republicano, es decir, de izquierdas y progresista; fama que, en una ciudad como Granada, en vísperas de la Guerra Civil, era sinónimo de degeneración y maldades infernales. Allí estudió dos años, después pasó (1936) al Instituto Padre Suárez, como es lógico masculino y de derechas, - teniendo en cuenta que Granada, desde el inicio de la guerra, estuvo en la llamada zona nacional - en donde estudió hasta quinto curso; un curso que no llegó a terminar por causa de una crisis nerviosa que le mantuvo apartado de los estudios durante dos años. En el Instituto Padre Suárez pudo ver y sentir el nuevo estilo de la España imperial y de orden que en Granada, en un alarde de salvaje represión, se cobró la sangre de cuatro mil víctimas inocentes y

que, a lo largo de décadas, se ha cobrado innumerables vidas resueltas en tragedias sin sangre.

El adolescente, ya muchacho, sale del Instituto - sin terminar, como decía, el quinto curso -, del ambiente social y familiar que le rodea y de la guerra, con una crisis nerviosa que le duró dos años: huir, desfigurarse hasta ser irreconocible, un comportamiento que bordeaba la locura, casi lo llevan al hospital de San José de Málaga, clásico "manicomio" donde el que entraba jamás salía y, mucho menos, cuerdo. Entonces se decidió, para su salvación, enviarlo a Lanjarón con su Quintina (Quintina Rubio había servido en su casa y casi lo había criado, hasta que se casó con Emilio Aguja, cabrero, y se fue a vivir a Lanjarón) para que cambiara de aguas y de aires. De esta crisis nerviosa nació su obra titulada La Garduña. Desde entonces, la creación dramática ha sido el antídoto más eficaz a su peculiar y desahogado sistema nervioso.

Interesante es observar el carácter salvador y protector que la mujer, ciertas mujeres, han tenido en la vida de José Martín Recuerda. Mujeres han sido siempre sus valedoras y apasionadas entusiastas en las Universidades norteamericanas, las que más han hecho tesis doctorales sobre sus obras, las que le han invitado a multitud de conferencias, las protagonistas en la mayor parte de sus obras, las..., desde que "su Quintina" (pues él, en recuerdo cariñoso de cuando era niño, siempre que la nombraba o la nombra - aunque ya no vive - dice "mi Quintina") lo salvara del abismo en la niñez y pubertad. Tampoco puede olvidarse aquí a otra mujer a la que él siempre ha tratado y recordado con simpatía y cariño; una mujer con sensibilidad, alegre, primorosa en todo lo que so ponía a hacer, de una vitalidad arrolladora, graciosa y de gran bondad, que le prestaba atención, amistad y cariño, sobre todo, en aquellos años de pubertad, cuando lo que le rodeaba era, mayormente, burla, desdén y hasta desprecio. Me refiero a su cuñada Conchita de la Torre, mujer de su hermano Emilio, para quien nuestro autor fue siempre "Pepito". Mujeres fueron también las que tomaron la iniciativa de invitarle, en el año 1952, a dirigir el Teatro Español Universitario (TEU) de Granada, como él mismo nos contará en su momento...

Desde niño José Martín Recuerda hacía teatro. Sabemos que hacía teatricos con los niños, compañeros de colegio y con los vecinos de su barrio. Hacía teatro dentro de las casas y en las buhardillas. La buhardilla de su casa era amplísima. Era como una gran

torre cerrada, con sólo unas ventanas grandes desde donde se veía parte de la plaza de Bibarrambla y el Palacio Arzobispal. Por la parte de detrás, donde entre rejas y balcones, se podía ver una hornacina con una imagen de la Virgen de las Angustias. Muy ecléctico todo. También se veía el Arcángel San Rafael levantando una espada. Es como un pararrayos de la Catedral.

Me cuenta José Martín Recuerda que no sólo hacía teatricos en las buhardillas y casas de su barrio, sino también en una vieja casa que estaba en la Placeta Villamena. En una habitación grandísima de aquella casa, habían los niños construido su teatro, con su correspondiente tablado, embocadura y telón. Allí no sólo hacían comedias de los hermanos Alvarez Quintero o de autores desconocidos, sino también, vestidos de apaches, bailaban tangos, como habían oído decir que se hacía en sótanos de cafés de París, e incluso cantaban los tangos de moda de Carlos Gardel. Sobre todo aquel que empezaba: "Silencio en la noche...". En aquel tango se inspiró un viejo aficionado granadino llamado Ramón Moreno, para hacer una comedia basada en el citado tango y que representaron, entre otros, los niños del teatro de la casa de Luisito (hermano de Manolito Díaz, quien se hizo famoso en los teatros de Madrid como galán cómico de comedia musical o revista), que era la que estaba en la citada Placeta Villamena.

Cuando en los veranos el niño José Martín Recuerda se iba con sus padres a Víznar, seguía haciendo teatro con los hijos de los veraneantes. Me cuenta que hacían zarzuelas muy mal hechas y que él cantaba "El sembrador", canción de una de aquellas zarzuelas.

El recuerdo de la guerra va a marcar al muchacho hasta dejarle impresiones tan desoladoras como la que, años más tarde, le haría escribir su obra La Llanura, o historia albaicinerina de un fusilado sin motivos y sin saberse dónde está el cadáver, de un hombre que una noche "sacaron caliente de su cama" para desaparecer eternamente. La mujer del fusilado buscará el lugar de su sepultura, sin encontrarlo jamás, rebelando los ánimos de la gente del barrio en que vive y olvidando su casa y sus hijos. Es, pues, enlazando una vez más con el clasicismo griego - recordemos Hécuba, de Eurípides -, la eterna historia de guerra civil y desaparecido, tan reciente en Las Madres de la Plaza de Mayo de la Argentina, la guerra de Bosnia y de tantos casos similares en bastantes países, sobre todo



José Martín Recuerda (tercero por la izquierda), junto a su amigo Cándido Navarro Linares (segundo por la izquierda) y un grupo de amigos más, paseando por la Gran Vía de Colón (Granada, 1944).

suramericanos. El muchacho José Martín Recuerda vivirá asustado entre los continuos bombardeos que avisaba siempre la campana de la Torre de la Vela de la Alhambra y cuando todos, todos los vecinos de la Plaza Bibarrambla se refugiaban en los sótanos de la Catedral: tanto burgueses como pobres seres soñadores y hambrientos de aquel barrio. Sobre alguna de estas experiencias, he aquí su propio testimonio:

"Estaba jugando con otros niños en la Plaza de Bibarrambla. Eran los primeros días de la guerra. Allí vinieron a decirnos que el padre de uno de los niños que jugaba con nosotros, había sido fusilado en el camino de Víznar. Fuimos todos a casa del niño y nos encontramos con el desastre inolvidable que toda la familia sentía. Los niños más valientes fuimos al camino de Víznar aquella tarde, dieciocho de agosto de 1936 (Precisamente, un día después fusilaron a Federico García Lorca: 19 de agosto de 1936, y dos días antes, 16 de agosto, habían fusilado a su cuñado Manuel Fernández Montesinos, quien había sido Alcalde socialista de Granada hasta su encarcelamiento el primer día de la guerra: 18 de julio de 1936), y nos encontramos varios cadáveres de hombres que habían sido fusilados, ensangrentados y comidos de hormigas. Aquella espantosa experiencia quedó mucho tiempo en mí y, cuando ya era un muchachillo, escribí mi obra titulada La Llanura, con acción en el Albaicín. Obra que, al parecer, sigue viviendo. Sobre ella se ha escrito mucho hasta el punto de que fue elegida en una Univer-

sidad de Nueva York para conmemorar el cincuentenario de la Guerra Civil española. (Conversaciones con el autor).

Con La Llanura (1947) se nos mostrará, por primera vez, el auténtico alcance creador de José Martín Recuerda, su originalidad, su valentía, parte de su credo estético y una declaración implícitamente contundente, casi suicida en aquel tiempo, de su inamovible credo ético. La Madre es el precedente -pese a la juventud, ya en la madurez creadora del autor- de una serie de mujeres poderosas, arrojadas, creyentes, púdicas hasta el sacrificio, amantes apasionadas y siempre frustradas en la correspondencia amorosa, bien por culpa del amante o de la sociedad que las rodea...

Todo un mundo de huellas imborrables, que, junto al mundo de la posguerra, darían tipos en sus obras dramáticas como D. Ramón, de El teatrillo de don Ramón, que se refugia en su pequeña buhardilla, acobardado, para vivir soñando haciendo teatro de aficionados, ante la triste y trágica realidad cotidiana que le ha tocado vivir: es una exposición de la propia angustia del autor, como ha confesado reiteradamente, al ver que pasaba el tiempo y seguía en la provincia, temiendo acabar su vida de dramaturgo haciendo teatros en la buhardilla de su casa; o personajes como Juan, el hijo del guerrillero de Como las secas cañas del camino, o El Borracho (el pobre Pablo, el pescador) de esta misma obra que muere abandonado en una choza de la playa de Salobreña (Granada). No es extraño que José Martín Recuerda tuviera misericordia por el tipo del guerrillero, pues en casa de una vecina de sus abuelos

maternos se refugiaron los llamados Queros, guerrilleros que murieron acibillados a balazos en la plaza granadina llamada del Carmen, donde se encuentra hoy en día el Ayuntamiento. Qué mundo más cruel y qué recuerdos tan imborrables, mientras el muchacho continuaba sus estudios de Bachillerato -estudios que no concluyó hasta más tarde, como se ha dicho en el Instituto Padre Suárez, que, enclavado al final de la Gran Vía de Colón, se había convertido en un centro de terror para niños. Allí había profesores fugitivos de la zona republicana que trataban -según nuestro autor- de una forma despiadada a los muchachos, quizá por el dolor de su fuga y el abandono de sus hogares.

Así se educó Martín Recuerda, viviendo con sus padres trabajadores y de gran bondad, en la guerra y durante gran parte de la dictadura que duró cuarenta años, viviendo los años en los que escaseaba el alimento y se comía pan negro; los años de la venta a escondidas de las cartillas de racionamiento, los años en que el general Perón y Evita nos socorrían con trigo para amasar nuestro pan y los norteamericanos empezaban a prestarnos ayuda, mejor dicho, a endeudarnos y a hacernos depender de ellos desde entonces, hasta la época democrática en que vivimos. Terrible yugo que también aparecerá en algunas obras de José Martín Recuerda, como la titulada El Caraqueño (1968), o en una de época más reciente titulada La Trostki (1984), (título homónimo del personaje que va a dar lugar a una trilogía dramática, como se verá.)

La Guerra Civil termina (año 1939) y nuestro autor se

encuentra sumido en una crisis nerviosa -a la que antes aludí-, de la que no pudo salir hasta dos años después. Al inicio de lo que iba a ser nuestra larguísima posguerra: terror, miseria, dictadura, prepotencia y fanatismo político y religioso, era el ambiente que conformaba y rodeaba la vida de nuestro joven autor; un ambiente que viene a sumarse e incidir, casi cruelmente, en una terrible crisis de identidad que le hacían sentirse, posiblemente, el más desgraciado -y sin duda, por entonces, único- "personaje" de todos los que su imaginación le hiciera soñar. Pero he aquí que en el año 1941, una luz se enciende en el horizonte de su vida: el encuentro y conocimiento de don Benigno Vaquero Cid. Don Benigno fue siempre su maestro, desde entonces, y hasta casi el mismo día de su muerte, ocurrida recientemente, el 3 de junio de 1997.

En alguna otra ocasión he escrito que los dos sucesos fundamentales en la vida y obra de José Martín Recuerda han sido su amistad con don Benigno Vaquero Cid y el Teatro Universitario de Granada. Don Benigno es como una luz mágica que aparece en el panorama gris y desolador que rodeaba al incipiente autor dramático, en la Granada de los años cuarenta. Don Benigno era el maestro por antonomasia -los que le conocíamos, podemos dar fe de ello-; era el maestro que somete todas las ciencias del humano vivir a la poética del amor; era el maestro que nos hacía ver que todo lo humano y divino está dentro de nosotros mismos y, en consecuencia, no hay sino sacarlo. (Santo Dios, pocas veces tal discípulo habrá tenido tal maestro! Don Benigno, que era de Pinos

Puente (Granada), era maestro de escuela y nació maestro por su talante senequista, su equilibrio casi helénico y su gran sabiduría popular, siempre abierto a la vida con la pasión por el saber que le inculcó la mejor de nuestras modernas tradiciones: La Institución Libre de Enseñanza, la Institución que fundara, a finales del siglo pasado, don Francisco Giner de los Ríos y que, en las tinieblas y desolación de nuestra historia reciente, ha sido como un rayo de luz y esperanza. Fue en el año 1941 cuando nuestro autor conoció a don Benigno, quien, desde el primer momento, le comprendió como persona y creyó en su valía como dramaturgo; desde entonces hasta casi ayer mismo, don Benigno ha sido, para nuestro autor, una de las pocas verdades absolutas a tener en cuenta en su realidad cotidiana; por lo demás, la verdad no puede ser otra para él sino verdad dramática.

Cuando Martín Recuerda se encontró con don Benigno, éste había sido desposeído de su título de maestro de escuela por haber mantenido su ideal de libertad y seguir viviendo de acuerdo con su concepto humanístico de la vida; un vivir al que jamás renunció a pesar del ostracismo, persecuciones y toda clase de privaciones. Pues a pesar de toda esa dureza, y hasta crueldad con que le trató la vida, la sociedad que le rodeaba, Martín Recuerda no encontró en él una inteligencia resentida, sino una inteligencia comprensiva, sincera y animosa, llena de sensibilidad para la persona que su salvación y su razón de ser era la creación dramática. Como digo, don Benigno estuvo cuarenta años privado de ejercer su carrera, desprovisto de sus derechos ciudadanos. Y qué falta le hacían esos derechos -derechos de acatamiento: los únicos que, en puridad, se pueden tener en una dictadura - a un hombre que asumía la Libertad -Libertad con mayúscula; libertad de conciencia y opinión allí donde hubiera un soplo de vida, y si no, la nada - como principio sin el cual no existe la vida? Hubiera desarrollado don Benigno su ingente labor pedagógica en la rutina de una escuela estatal, controlada, y sin la presión y orgullo del que está al margen? Con la llegada de la democracia a nuestro país, le fueron restituidos sus derechos a este labrador infatigable del páramo.

Y así es como este héroe moderno, don Benigno, fue, hasta hace bien poco, repito, la única necesidad, no aleatoria, que José Martín Recuerda ha sentido, fuera de su propio instinto, como ejemplo de vida y valoración de su obra. Siempre don Benigno ha sido el primero en leer sus obras. Su opinión, positiva o negativa, pero siempre alentadora y sugerente, le daba a nuestro autor serenidad ante las demás opiniones, ya fueran éstas autorizadas o disparatadas. Don Benigno era seguridad... era la realidad fiable fuera de la propia obra dramática. Por tanto, nadie más autorizado que él para poder contarnos, desde dentro, el carácter, la sensibilidad, luchas y avatares que dan lugar a la evolución y desarrollo pleno de nuestro autor dramático.

Un encuentro providencial: don Benigno Vaquero Cid

Desde el año 1941 al 1963, don Benigno vive de una manera directa las inquietudes, vicisitudes, desarrollo y evolución de José Martín Recuerda como persona y autor dramático, aunque existe también bastante correspondencia, pues no siempre, al uno o al otro, les era posible ir a Pinos Puente o a Granada. Desde 1963 y hasta los últimos años setenta, una vez que el autor salió de Granada, la correspondencia entre ambos se intensifica y es todo un tratado de la intrahistoria social, política, religiosa y, sobre todo, teatral de nuestro país. En total, una correspondencia que da una visión viva y apasionante de nuestra sociedad en la dictadura y primeros años de la democracia. Después, y hasta la muerte de don Benigno, la comunicación entre ambos - como hoy, por desgracia, es tan general y frecuente - es a través del teléfono.

He aquí cómo nos relata el propio Martín Recuerda, el primer encuentro y conocimiento de su maestro don Benigno:

Yo tenía, y tengo un amigo que se llama Cándido Navarro Linares, al que me unía una gran afinidad literaria. Su afinidad era, sobre todo, la novela. Yo, pasando una vez por la Plaza del Campillo le confesé que lo que a mí me gustaba era el teatro. El era mi crítico y me alentaba mucho. Quería que yo siguiera estudiando, leyendo... Y un día, mi amigo el Cándido y yo, pasamos por la calle Gracia, frente a la Iglesia de la Magdalena, y vimos el letrado de la Academia Luis Vives. Entonces decidimos subir a ver. Era una academia pequeña y pensamos que sería baratica. Subimos. Salió don Benigno y le preguntamos cuánto costaba. Nos dijo que nos llevaría seis duros al mes. Así fue cómo le conocí. Parece que lo estoy viendo. (Conversaciones con el autor).

¿Se puede contar un encuentro tan trascendente para una vida y obra, de modo más sencillamente "granaino", sugerente y encantador? Y esta es la reflexión que don Benigno hace de aquel encuentro y posterior amistad:

Fue en el año cuarenta y uno, tenía yo 28 años, cuando llegó a mi modesta Academia en Granada un nuevo alumno. Era un joven de dieciséis años, tímido y de pocas y pausadas palabras. El joven me pareció denso, introvertido y un tanto oscuro y apagado. Después de una interrupción en sus estudios, este joven se disponía a reanudarlos, quería terminar su Bachillerato para ingresar en la Facultad de Letras.

Empezamos las clases y observé que a este joven lo que más le interesaba era la Historia general y del Arte y, sobre todo, la Historia de la Literatura y el estudio de los autores en sus textos. Muchas veces, al margen de las clases y de la aridez de los libros de texto o durante las clases y como proyección de los temas tratados, este joven, junto a otros alumnos y yo, como en familia, solíamos conversar abierta y

libremente de las más diversas cuestiones dentro de la problemática de la cultura y de la vida humana en el pasado y en el mundo actual, así, en tono amistoso y hasta confidencial, se hablaba y se discutía de arte, de filosofía, de literatura, de religión, de España y de los españoles, de política, sociología, sistemas económicos y, en fin, de todo lo divino y humano. En aquellos tiempos de prohibiciones y represiones, de tortura y restricción mental, aque-

tos de la conducta humana, captar el ambiente, la manera de ser y actuar de toda clase de personas y todo lo concreto y vital.

Poco tiempo después, salvada la ecuación personal en un plano de sinceridad y sencillez, nuestro joven se me acercaba frecuentemente con verdadera confianza, y se iba desahogando contándome las cosas de su vida de una manera confidencial. Quizá, más o menos conscientemente, él se iba abriendo a mí porque que-

torial de sus espantosos tentáculos imponiendo en pueblos y ciudades un macabro clima de terror bajo un triunfalismo deshumanizado, despótico y salvaje; época de crueles y negras amarguras, de mares de lágrimas bebidas, de gritos ahogados en sangre, de silencios sepulcrales y sentimientos amordazados por las garras del miedo. Todo ello, sin más remedio, tenía que marcar profundas e indelebles huellas en el espíritu de un joven tan humano y sensi-

trar alguna persona en quien poder abrirse y afianzarse, un campo anímico propicio para desarrollar su propia versión y entroncamiento, necesitaba primordialmente y sobre todo irse enraizando cordialmente en alguien capaz de comprenderle. Después me fui dando cuenta de que además, este joven denso y distinto, llevaba mucho por dentro que ofrecer y poseía muchas oquedades por llenar.

¿En qué sentido y dirección se iría realizando el despunte vocacional de nuestro joven?, ¿cuál sería la tendencia preponderante de su versión espiritual? Éstas y parecidas preguntas solía hacerme ante lo que para mí llegó a ser una especie de enigma en cierto modo inquietante.

Ante su aparente falta de estímulos en cuanto a lo usual y corriente y a la vida ordinaria y vulgar, y su escaso interés por esas menudencias y asuntos convencionales en los que suelen pararse y hasta enfrascarse los demás, ante su apatía frente a las pequeñas metas inmediatas, mezquinas ambiciones y ridículos intereses en que suele desenvolverse el enredo de la vida, y con él, el rutinario mundillo estudiantil, nuestro joven resultaba para los demás, para sus compañeros y amigos, un ser raro, despaisado, poco avisado, borroso y hasta subnormal o entontecido. En cambio, a mí me iba resultando un joven observador y reflexivo que vivía con más hondura y apuntaba a más altura que los demás, una persona que, por ser de excepción, se hallaba un tanto marginado, viviendo intensamente y en profundidad un valioso y sugestivo mundo interior en el que se iba forjando su propio universo.

En cuanto a sus estudios preferidos, como ya dijimos, le gustaba estudiar a fondo la historia, la intrahistoria como diría Unamuno, y, sobre todo la historia de la literatura, gustándole mucho hacer comentarios sobre autores y obras. Leía mucho y a conciencia, se iba sorbiendo y paladeando los libros de mi modesta biblioteca, entre los que están, como es natural, mis autores preferidos, mostrando el más vivo interés por conocer a fondo los autores y sus obras. Unas veces atendiendo a mis indicaciones y otras sin hacer caso de ellas, leyó y estudió concienzudamente a Cervantes y a Lope y, con ellos, a otros autores medievales, a los clásicos, a Shakespeare, Goethe, Dickens, Dostoyewski, Tolstoy y los escritores más relevantes y significativos de la literatura universal, conoció bien a los románticos, también a los más famosos entre los contemporáneos, y, sobre todo, le entusiasmaba uno de mis autores más admirados, Pío Baroja y, con él, los demás autores del 98. También leyó, en parte, a Ortega y Gasset, pero lo puramente literario le absorbía de tal manera que nunca me pidió ningún tratado estrictamente filosófico, sociológico o político. Los sistemas, teorías e ideologías le traían sin cuidado. Pienso en que quizá su propia dosis de sensibilidad le inclinaba a lo más real y concreto...

Ángel Cobo



Don Benigno Vaquero Cid, el gran amigo y maestro de nuestro autor, en 1990, a la edad de 76 años.

llas charlas suponían para el grupo un sugestivo ejercicio dialéctico al par que una sana, entusiasta y valiosa expansión espiritual. En el grupo de jóvenes, de quince a veintitantos años de edad, había algún católico cien por cien, algún menéndez-pelayista con su "martillo de herejes" y su "luz de Trento", algún que otro católico mitad y mitad, otros que se creían católicos y empezaban a notar que no lo eran de verdad; había también algún librepensador, agnósticos o indiferentes y hasta algún cínico.

En cuanto a la política, casi ninguno de ellos lograba definirse. En general, sus tendencias se hallaban en vías de desarrollo y sus criterios, aún no consolidados, estaban en proceso de cristalización. Durante nuestras charlas, me sorprendía notar que nuestro joven se desinteresaba de todo cuanto fuesen teorías, sistemas filosóficos e ideologías políticas, religiosas o sociales, y que, en cambio, le interesaba mucho la realidad de los hechos, la vida en sí y los efec-

ría sobre todo clarificarse. Me fui dando cuenta de que su timidez, su aire abstraído y de ensimismamiento, sus parcas y pausadas palabras, sus evasivos y contenidos gestos, tan leves como el aleo de una mariposa, eran signos externos de una excesiva sensibilidad entrañada en una formidable humanidad.

Supe por él, de su casa y de su ambiente familiar, un ambiente de desquicie y destemplanza. Constituían un hogar huracanado, de estridencias, gritos e incomprendiones, de tensiones perturbantes traducidas en frecuentes riñas, hirientes improperios y delirantes voceríos rayanos en la histeria. Ello, por otra parte, constituía uno de los más vivos, abiertos y veraces laboratorios de psicología humana y convivencial. Y, además, como telón de fondo, el ambiente de la calle en estos primeros tiempos de posguerra (de nuestra guerra civil), la tétrica resaca de tan monstruosa tragedia, con la proyección inquisi-

ble como el nuestro. Así supe por este mismo joven que cuando él vino a mi clase acababa de salvar un oscuro y difícil bache psíquico, una perturbadora neurosis con ciertos delirios de carácter narcisista junto a otros de sentido terrorífico, como el de verse a sí mismo como horroroso monstruo, un delirio muy significativo y bastante elocuente del terror percibido.

Desde que, al lograr ver en mí al amigo en el maestro, este joven empezó a abrirse contándome sus cosas en tono confidencial, me fue dando la impresión de que él iba siendo para mí mucho más que un alumno y aún más que un discípulo. Ya venía yo presintiendo a través de sus palabras, aquellas palabras que parecían rodar doloridas por el fondo de una profunda gruta con un solemne e imponente retumbar de tristeza, que nuestro joven, antes que nada y más que un estímulo para proseguir sus estudios, buscaba con cierta ansiedad un auténtico calor de humanidad, encon-